



Entre fantasmas
Fernando Vallejo

Me pasé la infancia y la juventud en misa o leyendo novelas, y tantas oí y leí que perdí la fe: en Dios, cosa que para los efectos de la literatura poco importa, y en el novelista de tercera persona que sí.

En este negocio el que no es poeta o novelista de tercera persona se quedó colgado del trapecio en el aire fuera del circo. Qué más da. ¡Cómo va a saber un pobre hijo de vecino lo que están pensando dos o tres o cuatro personajes! ¡No sabe uno lo que está pensando uno mismo con esta turbulencia del cerebro va a saber lo que piensa el prójimo! ¡Al diablo con la omnisciencia y la novela!

Hoy por hoy no piso una iglesia ni de turista y no leo una novela ni a palos. Me quedé en Blasco Ibáñez, en Cronin, en Daphne Du Maurier, y me escapé del *boom* que no sé en última instancia qué fue, si algo así como un *Big Bang*. Yo sólo creo en quien dice humildemente yo y lo demás son cuentos.

Fernando Vallejo

Vejez hijueputa que pesas más que teta caída de vieja, a las siete y veinte se desató el terremoto. Estaba yo arrebujado con mi Brujita en mi cama (mi perra Bruja que es lo que yo más quiero), semidormido, semisoñando, soñando justamente con otro, el que tumbó El Gusano de Luz allá en Antioquia, en los felices tiempos de mi atrabancada juventud, viviendo Chucho Lopera y don Elías Aristizábal, maricas máximos, summa cum laude, pederastas desatados a quienes se les orinaban los niñitos en la cama cuando ¡pum! se desató el de aquí, el que tumbó medio México: empezaron a hablar las paredes, a decir, a protestar, a cantar el aria de la locura. Cuadros se caían, vidrios se quebraban, pisos se rajaban, y yo en un séptimo piso balanceándome como el péndulo de Foucault. «¿Será que ya me dio también el síndrome de Menière?» pensé. ¡Qué va síndrome! Era temblor, terremoto. ¡Pum! ¡Tan! ¡Tas! Se mecía el edificio como sacudido por un gigante borracho y rabioso. ¡Plaaaaas! Se desplomó el de al lado. «Se colapsó», como dijo por televisión el presidente:

—Hubieron muchos edificios colapsados —dijo el Tartufo— y muchos muertos.

¡Cállate imbécil! No les sumes a las catástrofes naturales las del idioma. Aprende a hablar. ¿O lo único que sabes es robar? ¡Hubieron! ¡Colapsados! ¡Ignoranta! Pobre país asolado sucesivamente por un perro, un Tartufo, un terremoto, un feto. ¡Ay Dios! Y yo que nunca digo Dios diciendo «Dios mío, ya, por favor, ya basta», olvidando en la confusión del momento que lo que Él primero tumba son las iglesias, verbigracia la catedral de Manizales a la que le ha descopeta-

do, una tras otra, en dos temblores, las torres. Mi piano negro de cola salió por la vidriera y ¡ay!, fue a dar contra el pavimento de la calle, de mi Avenida Amsterdam, en perfectísimo acorde de Do Mayor: Do, mi, sol, do, mi, sol, do... Resonando sus armónicos en un quebrar de vidrios hasta el cielo. ¡Qué sonido el de mi difunto Steinway, qué altos, qué bajos, qué espléndido fue! ¡Qué bien me salía en él la sonata Tempestad, ay! ¿Y el Hotel Regis? ¡Al suelo! Colapsado. ¿El Hotel Versailles? ¡Al suelo! Colapsado. ¿La «unidad habitacional» Juárez? ¡Al suelo! Colapsada. ¿El Centro Médico? Ídem, igual, colapsado. ¿El edificio del Conalep? Colapsado. ¿El Edificio Nuevo León? Colapsado. Miles de edificios colapsados, y bajo los edificios colapsados los homo sapiens enterrados. ¿Y el mío, el de Amsterdam? Más zarandeado que calzón de puta ya se iba a caer, cuando la furia de nuestra santa madre tierra paró. Paró en seco. Entonces vino la calma silenciosa de la muerte... Polvaredas subían hacia el cielo, y persiguiendo el polvo las llamas. Al norte, al sur, al este, al oeste, por todos los rumbos de la ciudad los incendios. Eran los edificios colapsados, y tras de colapsados incendiados. «¡Claro, por eso cortan la luz en los temblores!» pensé yo. Para evitar chispas. Chispas que incendien la paz social y prendan la revolución.

—¿Te asustaste mucho, negrita? —le pregunté a mi Brujita.

Y ella que sí, que no, que se sentía segura conmigo que la protejo de un rayo. Y así es, en efecto, si se le viene encima el maldito me interpongo yo. Ella es un gran danés de raza, y de alma un ángel. Alta, esbelta, de porte excelso y flexibilidad prodigiosa, lo más noble y hermoso que he conocido. Ya está viejita, «grande» como dicen en este país de eufemistas, pero ¡quién no! Negra ella y negra su sombra, de este lado del sol se ve doble... Así se ve ahora que salimos a la calle a inspeccionar los daños del terremoto, a verificar los estragos, a contar los muertos, y a conocer, antes que nada, las cuarteaduras sísmicas, las rajaduras de la

tierra que con tanto que había vivido y me las habían ponderado aún no me había sido dado ver, como la que vi en esta ocasión que se tragó al policía, al extorsionador de tránsito, al «tamarindo» como llaman aquí a estos ladrones y no dejó del bandido ni el olor. No lo pudieron sacar ni con caña de pescar, y eso que le pusieron de cebo, en la punta, de anzuelo, un billete... Y después diciendo los de la inmobiliaria que lo único seguro en esta tierra es la tierra... Miren a ver si sí. La tierra es más móvil que mi destino, ¡rateros! Y el orden nada más que otro más entre los infinitos estados del caos. Pero basta de filosofías, Brujita, que hoy no está el palo pa cucharas y nos vamos a ver el rescate de los bebés.

Los bebés, cachorros de homo sapiens, berriones, barrigones, que no pudo exterminar san Herodes, el santo rey, muy resistentes son. Aguantan días sin leche, ni agüita, ni respirar, metiditos en cualquier huequito bajo los escombros, en un ángulo de dos vigas y una plancha de la construcción de cinco o diez o veinte pisos que se colapsó. Son como alacranes. Pues de los huequitos de los «multifamiliares» colapsados los iban sacando los espontáneos, los «hombres-topo», los «rescatistas heroicos» como los calificó Zabludovsky, un extraterrestre, un zanuco, un engendro de televisión. ¡Y aplausos de la multitud! Y yo con mi Brujita viendo, oyendo, presenciando, calculando las cifras de la matazón. The dead toll, como dicen en inglés. Entre hembras, machos y cachorros yo digo que veinte mil. A veinte mil ese día en un solo instante enterramos, a veinte mil cuando menos, pobres almitas de Dios. O mejor dicho, no los enterramos nosotros: los enterró el terremoto. Mas tan acostumbrado estaba el prigobierno a mentir, a robar, que sin darse cuenta por lo apurado del caso, pues los sacaron del baño con los calzones abajo, que mientras más fueran los muertos más la ayuda internacional, o sea más para robar, arrastrados por la inercia de su mentira esencial dijeron los consuetudinarios que los muertos fueron dos mil. Como

si ellos también hubieran causado el terremoto... ¿Dos mil? ¡Dos mil vi sacar yo! Aunque ahora, desde la calma del futuro, con cabeza fría, viendo mejor las cosas, con los ojos de la Historia, pienso que sí, sí lo causaron. Aves de mala suerte, de mal agüero, ellos causaron el terremoto. Lo atrajeron con imán. Y cuando el perro López nacionalizó la banca para tapar sus robos, mi barrio que era una delicia se llenó de zancudos y no me dejaban dormir. ¡Claro que lo causaron! ¿Pero decía que qué? Que salí con mi Brujita a la calle a contar muertos, y a aspirar hondo, profundo, el aire de la vida, el smog. Smog con cadaverina. México, septiembre ¿del año qué? ¡Del año de la canica! De mi pasado remotisísimo.

Ahora, como director de cine que soy, que fui, maestro eximio del Séptimo Arte y padre-artífice de tres películas, voy a pasar en ralenti desde mi escritorio negro el colapso de los edificios con la Arriflex de mi cabeza, y para empezar uno «de interés social», el Nuevo León, en el «conjunto habitacional» de Tlatelolco, que ¿saben dónde está? Cerquita de la plaza homónima donde Echeverría el bueno —el revolucionario, el santo, el autocandidato al Nóbel, al de la paz cuando le den la Secretaría de las Naciones Unidas— bombardeó desde el aterrado cielo a los estudiantes. ¡Y otra matazón! Pues el Edificio Nuevo León, de catorce pisos, cayó así: siete pisos, los superiores, se le descapotaron sobre la Avenida Reforma; y siete pisos, los inferiores, se colapsaron como castillo de naipes: uno tras otro tras otro sobre otro: tas, tas, tas, tas, tas, tas, tás, hasta formar un sándwich. Y como cada piso en realidad y última instancia no es más que un espacio vacío, paredes encerrando viento que es lo que le venden a uno estos rateros de la inmobiliaria, un sándwich de viento. Así el hermano de Neftalí Beltrán (del periodista y poeta, del que anduvo, ya saben, de diplomático en Varsovia), viviendo como vivía en el séptimo piso del Edificio Nuevo León, se encontró a las siete y veinte, de sopetón, sin techo, cobijadito en la cama; y desem-

barazado de los pisos superiores que le tapaban el cielo, fue bajando, sin tomar elevador (o descendedor), de piso en piso los inferiores que se le iban comprimiendo bajo sus pies hasta dejarlo abajo, a nivel del suelo. Entonces, caminando, por sus propios medios, salió tan campante a la calle, a Reforma, a las siete y veinte pasaditas, a preguntar qué pasó. Pasos más adelante lo atropelló y mató un carro. ¿Pero por qué estoy contando esto? Porque la vejez es así, anecdotera. ¡Ay la vejez!

Sí. ¡Ay la vejez! La vejez es verbosa, parlanchina, gárrula. Incontinente, insomne, avara, flácida. Olvidadiza, memoriosa, arteriosclerótica, cegatona, artrítica, friolenta, arrugada, manchurrienta, necia, obstinada, cerril. Sorda, lenta, tarda, terca, lerda, edematosa, dispéptica, colagoga, ética, cansa, calva, horrible, constipada, flatulenta, pilosa, fétida. Senectus excretio est, diría ciceroniando: la vejez es mierda. Calzón sucio, calcetín roto, analgésicos, descongestivos, digestivos, antifatulentos, antipiréticos, y el Quinidín Durules que me aliviana el corazón. Del terremoto, aparte de la matazón, lo que más me gustó fue el rescate de los perros: del Centro Médico, las ruinas del Centro Médico donde los tenían para experimentos dizque para salvar humanos. ¡Qué más quieren salvar con esta proliferación de sifilíticos que viven por la penicilina! El Refugio Franciscano (así llamado por san Francisco, mi santo) liberó y acogió a los pobres animalitos. Esa sola escena del terremoto me conmovió, ¿y saben por qué? Porque desde hace años de años rompí mi pasaporte humano y soy un perro: alzo la pata y me orino en la estatua de Bolívar, la Catedral Primada, el hemicycleo a Juárez... Psssss.

¡Pero cómo un perro! Si López es el perro, ¿cómo voy a ser yo también? ¡Si hasta la noble especie de mi Brujita la deshonró este bellaco! ¡Y vive aún? Claro que vive, impune. Que está muy viejo, dicen, y arrugado. Que no se volvió a afeitar y le dio por pintar, y anda de chanclas y de jeans hecho un intelectual del Sena, con pelos en las orejas

y su larga barba blanca. Pero tan soberbio como siempre. Tan pero tan tan. Que no está arrepentido de nada, dice. Pero adonde va le ladran. Sale por Reforma de su casa en la colina y los niños que lo ven les dicen a sus mamás: «Un gua guá».

«Mé-xi-có, Mé-xi-có, Mé-xi-có»... ¿Y ahora qué? ¿No los acabó el terremoto? No, es el mundial de fútbol, de balón y pata, en que la inteligencia humana se les va a las patas, y vuelto el hombre pata patear un balón. «Mé-xi-có, Mé-xi-có, Mé-xi-có» corea el pueblo imbécil, la horda, la chusma, la turbamulta, el monstruo paridor de infinitos culos y sin cabeza.

Me voy a la tienda y me compro un limón de Salerno, que aquí son nuevos. Esos lindos limones de la Costa Amalfitana, rudos, grandes, amarillos, rugosos, de cáscara gruesa, que conjuntan en su jugo todas las bellezas de Italia incluyendo playas, muchachos y monumentos. Y he ahí, para mí, su propiedad curativa: su gran poder de evocación. Son antifúricos: me los como a mordiscos ávidos con todo y cáscara y sal, y santo remedio, se me baja ipso facto la ira que me causa el mundo, lo mal que va, y siento como si se me desatara un viento de felicidad en la cabeza y me empezara a soplar sobre paisajes del recuerdo, de Italia, España, Francia por donde voy de muchacho, de tren en tren, despeñando gringos y envenenando viejas. Como a Madame Arthur, por ejemplo, la conserje, la putarraca que tumbé con arsénico. Pero esto ya lo conté en otro libro, ¿y repitiéndome yo? Jamás. Tache, señorita, desde donde puse «Me voy a la tienda y me compro un limón», y retomemos de ahí. ¿Qué fue lo último que dije quitando eso? «Y sin cabeza», punto. Exacto, punto. Pero borre también ese párrafo, y el anterior. Y el anterior y el anterior y toda esa historia idiota del terremoto y volvamos a empezar de cero. Borrón y cuenta nueva. Da capo.

Llama la muerte furiosa aleteando en mi ventana. Punto. Viene por mí. Punto. Dizque a llevarme en sus alas de ve-

jez, de enfermedad, de pobreza. ¿Y qué te vas a llevar, estúpida, si no soy nada? Rugir de viento, espejismo de palabras... Llévate más bien a uno joven, rico, sano, abusiva. Deja de molestar a los viejos. Y tú cállate, Bruja, escandalosa, que no la vas a parar con tus ladridos. Que pase, que entre, que nos lleve a los dos. ¿Se va? Se va, se fue, la ahuyentó el aguacero. Mírala cómo huye con su traperío de garras, su boca desdentada, su aliento fétido. ¡Cobardona! ¡Qué tal que te hubieran tocado los aguaceros de Santa Anita, que calmaban a las cigarras calenturientas, y sacaban del pantano sapos y culebras! Muerte estúpida, collona, follona, no sabes lo que es llover. ¡Y al diablo con todo esto! ¡Da capo!

«Tre giorni son che Nina in letto se ne sta. Pifferi, cembali, timpani, svegliate mia Ninetta, a ciò non dorma più», y eso es todo, nada más. Pero con ser tan poco es lo más hermoso que yo haya oído. ¿Y sabes de quién es, Brujita? De Pergolesi. Del que le dictó a Mozart el Requiem cuando Mozart se moría: se lo dictó desde el fondo de la muerte, del otro lado de la cortina. «Tre giorni son che Nina in letto se ne sta». ¿Nunca te lo canté? ¡Si hace años que lo había olvidado, décadas! Yo ya cuento por décadas. ¿Cuántas? A ver, a ver, tendría yo diez años cuando se lo acompañaba al piano... Ella era una mujer vieja, de cuarenta años, casada con un viejito de cincuenta o cien. Gorda ella, enorme, toda una soprano de ópera y en Medellín, ¿te lo puedes imaginar? En ese pueblo con pretensiones de ciudad porque acababan de salir del tranvía de mulas... Y yo acompañándola al piano, de gafitas redonditas de carey. ¡Quién más iba a tener piano en Medellín! ¡Nosotros! La gente se arremolinaba en la ventana a ver, a oír, a no creer: esas notas altísimas, altisísimas que daba ella y que se iban hasta el cristal del cielo y rebotaban de vuelta aquí a la tierra, a este mundo vulgar y les daba risa: empezaban a reírse con esas risitas nerviosas de ignorantes, burlonas, del pueblo vil. Yo cerraba el piano con un golpe de ira y delante de Blanquita

les arriaba la madre. ¡Eso! ¡Blanquita! ¡Ya me acordé! Blanquita se llamaba, ¿pero Blanquita qué? El apellido, el apellido que nunca logro recordar... ¿Y sabes, Brujita niña, qué es en Antioquia «arriar la madre»? Recordarles lo mal nacidos que son, la puta de donde salieron, la ramera vil y sucia que los malparió. Todo eso les decía y nos mandaban una andanada de piedras, contra el piano, el cuarto, la ventana; una vez que no la alcancé a cerrar me descalabraron. Colombia es así, Brujita, país violento. ¡Y qué aguaceros! ¡Nunca te podrás imaginar qué aguaceros! Eso es llover. No como estos miaditos de lluvia de aquí, chipichipis. Por eso aquí no hay ríos. Por eso este país es un desierto. Colombia no. Colombia, Colombina, Colombita, pobrecita, la muerte me está rondando y ya no te volveré a ver. Ni al gavilán volando sobre tus platanares. Ni volverá a soplar en mi alma apagada el viento de tu locura. Ni me volveré a bañar, entre tus pececitos, en las aguas transparentes del Tonusco, que va al Cauca, que va al Magdalena, que va al mar. ¿Quién es? ¿Quién llama? Nada, nadie. Es la puta muerte que se va con todos y viene por mí. No le ladres, Brujita, déjala pasar, que entre.

Retomando el hilo perdido del relato, ¿dónde iba, señorita, antes de venir a México a hacer películas y a buscar a Barba Jacob? ¿Dónde me quedé? Se quedó al final de un libro, en lo alto de un edificio, y bajo sus pies un incendio y tratándolo de apagar los bomberos. ¡Ah sí, el Admiral Jet! ¡Pero quién apaga un edificio de cartón! Y después, cuando se ahogaron en su propio fuego las llamas y se achicharraron los negros, la policía removiendo cenizas, dizque buscando huellas... ¿Huellas? ¡Pavezas! ¡Corran detrás del viento! Ardieron con el edificio todas las «evidencias», como diría don Zabludovsky el zanuco, queriendo decir las «pruebas» el analfabeta animal. Punto y aparte, señorita, abra otro párrafo y que se quede inconcluso lo inconcluso y sin atar los cabos sueltos que no soy perfeccionista ni como mi tía abuela Elenita que se devolvía media colcha, la des-

hacía, para componer un punto que se saltó. Y vámonos ahoritita mismo a México con el abrigo que me regaló Salvador y que tiré al primer bote de basura en el mismísimo aeropuerto tan pronto se dio media vuelta y nos dijimos adiós, porque para qué quiero un abrigo en pleno México en febrero, yo que no cargo ni con los recuerdos...

¡México, los recuerdos! Recuerdo las iglesias y el tañer de las campanas y que cantaban los gallos: en las azoteas de la mismísima calle de Madero, en pleno centro. Desde mi hotel los oía, al amanecer, despertándome, compitiendo con las campanas a ver quién podía más, vibraba más, quién tenía más alma. ¡Qué algarabía! ¡Cuándo iba a oír yo tañer campanas en Nueva York ni cantar un gallo! Nueva York, ciudad muerta, de descreídos. Mi llegada a México fue para mí la vuelta a la vida, padre: a otro ritmo, a otra luz, a otro cielo, se lo confieso. ¡Qué lejos se quedaba esa desventurada ciudad sin alma, émula de la pentápolis, con sus fornicaciones, sus sodomías, sus excesos, sus negros! ¿Negros dije? Dije, ay sí, pero racista nunca he sido y me explico: los negros no son otra raza, son otra especie, que von Linneo nunca clasificó. Especie buena para el sexo eso sí, para el pecado de la bestialidad que también cometí, yo, padre, violador además de cadáveres, bellezas insepultas en noches de luna llena. A-cu-so-mé. Mea culpa. De penitencia póngame lo que quiera: un Te Deum, dos novenas, cuatro misas, diez rosarios; una sopa de murciélagos o subir y bajar, subir y bajar la roca de Sísifo hasta el piso ciento y tantos del Empire State o el pico del Mont Blanc, para lanzarla de ahí, para volverla a subir y volverla a despeñar. Lo que yo he pecado en esta vida padre no tiene nombre, no tiene madre. A-cu-so-mé. ¡Y adiós Nueva York, o mejor dicho al diablo! Atrás te dejo pesadilla de heroinómano con tus negros zánganos, tiritando en el frío de una nevada.

Dejamos dije pues al final del otro libro ardiendo el Admiral Jet en el fuego de Sodoma. Sólo me resta agregar aquí para no dejar cabos sueltos (mirando atrás de soslayo,

como quien no quiere la cosa, para no irnos a convertir en estatuas de sal según advierte la Biblia, el libro de los incestos), que el incendio que yo provoqué y que iba a ser el acabose y a quemar media tierra lo apagó una nevada. Se soltó la nieve de sopetón y ¡pum! lo apagó. Bajé en pelota bajo la nieve por la escalera de incendios, y días después, aceitaditos los engranajes del destino, suavemente, como sin yo querer, llegaba Píramo a México con un maletín de mano. Un mero mísero maletín de mano que ni me revisó la Aduana. Salí del aeropuerto al sol del día y me recibió sonriente la mañana. Es la ventaja de andar ligero de equipaje: se monta uno en cualquier camión y la vida fluye más rápido. En el camión amarillo, viejo, rayado, destartado, cantando tuercas y tornillos y un ciego iba pensando rumbo al centro en la maravilla de negocio que hice cambiando a Nueva York por México, nieve por sol. Salí ganando. México, la verdad sea dicha, con tanto indio vale infinitamente más que los Estados Unidos con tanto negro. La que sí está irremediabilmente perdida es Colombia con indios y negros: se cruzan estas especies hominoides, asesinas, y producen: zambos, fulas, mulatos, mandingas y salta p'atrás. Saltapatrasas. Contadas veces sirven estas cosas para algo; como carbón de leña de cocina si acaso, porque ni para objeto sexual. ¡Ay san Adolfo Hitler mártir, santo, levántate de las cenizas de tu búnker!

Voy ahora por la mañana soleada, luminosa del recuerdo y la avenida San Juan de Letrán entre el bullicio callejero: entre los vendedores de tacos y carnitas mantecosas, chorreantes, los mendigos, los cláxones, los baches, la mugre, la vida, los perros cuando de súbito advierto que en los puestos de periódicos venden también historietas, las «revistas» de mi niñez, las historias verídicas a más no poder puesto que están impresas e ilustradas del Llanero Solitario y Supermán que alumbraron tantas horas tediosas de mi infancia ignorante del pecado mortal. Sopló una ráfaga de felicidad y el día se hizo más claro y luminoso y recuerdo

que recordé a Medellín y mi viejo barrio de Boston por cuyas calles en pendiente iban los niños, íbamos, cambiando historietas y fumando marihuana los marihuanos. Aspiré su humo inefable y volví a ese otro espejismo mañanero y por un instante, tan lejano en el espacio como en el tiempo, torné a ser niño y fui feliz. A México le debo por lo menos ese primer instante de felicidad: aunque no mía, de un niño, de otro, el que fui, lejana, ajena. Ahora entiendo por qué mis cuarenta años que siguen en este país están vacíos, muertos, no cuentan: porque poquito a poco, pasito a paso había dejado de vivir en el presente para vivir en el pasado, y mientras más pasado ese pasado y más lejano, más espléndido. Lo que llaman felicidad, ahora lo sé, no existe: es un espejismo del recuerdo. En cuanto a mi felicidad, la mía, la encuentro en mi niñez, pero desde aquí y ahora, no allá ni entonces: apresada en la cárcel del colegio salesiano o la pelotera cotidiana de mi casa mi niñez fue un infierno. Por nada del mundo quisiera volverla a vivir. ¡El espejismo de la felicidad! Filosofías de borracho. ¿Y yo borracho? Jamás, señorita. Tache lo dicho.

Tache y vuelva a empezar, o mejor retome desde donde me perdí y ponga lo que le voy a dictar abriendo párrafo aparte: Comparando con los Estados Unidos sólo le veía a México virtudes al llegar; los años después se encargarían de hacerme ver sólo defectos. Así pasa. No hay país que aguante dos años sin mostrar el cobre. Éste es un país irresponsable, educado en la mentira lambiscona de un partido abyecto. Pero Colombia es peor, eso sí, mea culpa. El hombre en lo más hondo de lo más hondo de lo más hondo de su alma oscura es un ser malo, y mientras uno más vive y más lo conoce más malo es. Aquí, en la China y la Cochinchina y en el Perú donde también he estado, y en Bolivia y en Ecuador y de uno y otra y otro se me vienen ahora al recuerdo sus indios sucios: huelen a lo que huelen los indios del departamento de Boyacá en Colombia por el que también pasé, rapidito: a mugre rancia. Bajo las ruanas co-

chambrosas o en los rebozos las indias llevan inditos recién nacidos, cachorros de indio, colgando, pegados de las glándulas mamarias de ellas, las zarigüeyas. ¡Pero en dónde me quedé, ay México de mis recuerdos! En las campanas, en las iglesias. Ah sí, en San Francisco, San Felipe, San Miguel, Santo Domingo, San Hipólito, San Jerónimo, el Sagrario, la Profesa, el santoral de sus iglesias. Volví por la calle Madero, la de mi hotel, la de los gallos, cuando de súbito, de sopetón, echando al vuelo las palomas dieron las once las campanas. Vuelan las palomas del recuerdo de torre a torre, de iglesia a iglesia en un repicar de bronces sacudiéndose las horas con su aleteo y avivándome la memoria.

Veinte de diciembre a las ocho de la noche en Santa Anita. ¿Pero diciembre del año qué? Del año de la canica, de mi pasado remotísimo, matusalénico, que dizque también tuvo infancia. Del año en que mis padres (porque también los tuve) viajaron a México en misión oficial y regresaron esa noche cargados de valijas y valijas de impunidad diplomática reventando de regalos que iban surgiendo de las maletas como del sombrero de un prestidigitador, inagotable y sin fondo, o por la magia de Aladino: maromeros de cuerda, carros de bomberos, trenes eléctricos, payasos parlantes, pájaros emplumados, santos fosforescentes, carillones, pistolas, fusiles, ametralladoras, un jeep. Estábamos en el corredor delantero de nuestra finca Santa Anita con los abuelos rezando la novena del Niño Dios cuando de la portada (donde empezaba nuestra carreterita privada de piedras blancas bordeadas de naranjos y carboneros) surgieron las luces de unos carros taladrando la oscuridad. Eran ellos que volvían. Señorita: es falso lo que le dicté hace un ratico, que la felicidad sólo existe en el recuerdo. Falso y falsísimo. La felicidad también existe en el presente, en el aquí y ahora del efímero momento que se va volando rápido, sin dar tiempo siquiera a ponerse uno la mano en el corazón para sentir que sí, que así es, que se es feliz. Tala-

drando los faros de esos carros la oscuridad esa remota noche de diciembre en que rezábamos la novena del Niño Dios en el corredor delantero de Santa Anita, rodeado de mi abuelo, mi abuela, mis hermanos, mi tía abuela Elenita y mi perro Capitán, regresando mis padres de México, a las ocho, fui feliz. Era desmesuradamente feliz. Cuánto hace que se murió el abuelo y se le rompió la cuerda al maromero; que se murió la abuela, que se murió Elenita, que se murieron mis padres y mis hermanos y ni se diga mi perro Capitán y no obstante, pese a todo, sin embargo, el resplandor de esa felicidad, de esos faros, es tal como para alumbrar años y años de cualquier horror oscuro, cincuenta, o cien, o más, hasta aquí. Hasta aquí me llega.

A raíz de ese viaje de mis padres supe de México y sus pirámides del sol y la luna y las trescientas sesenta y cinco iglesias de Puebla y Cholula, una para cada día del año. Y ahora heme aquí viniendo de la nieve de Nueva York, dizque a hacer películas. Dieron las once las campanas de Madero y recuerdo que recordé a Santa Anita. Ya había muerto mi abuelo y empezado la Muerte, con su socio el Tiempo, a barrer con todo y a hacer estragos, en mí y afuera. Pero una cosa, eso sí, les digo: yo, más terco que mi abuelo lo cual ya es decir (decir más terco que la terquedad mismísima, obstinada, emberrinchada, ciega) no me pienso morir sin hacer una película para denigrar de Colombia, una al menos. Para eso nací. Y si no la pude hacer a los veinte años en Colombia la mezquina, la hago a los treinta o cuarenta o cincuenta o cien en México, en Brasil, en Marte, en la estratosfera. La hago porque la hago así Colombia enterita se me oponga. Ese país miserable nació para ser presidente de la república: yo para llenar de luz una sala oscura. El cine es como yo que lo puede todo. Miren si no: en esa goleta que avanza sobre el mar picado hacia la sala absorta viene el Corsario Negro a atacar, vengo yo. ¡Al abordaje!

Mandinga es el diablo y también un bailadero que está en Veracruz: a la orilla de un lago o charco quieto, pero